

BRASIL

Dom Pedro Casaldáliga, obispo del Mato Grosso, aparece en las selvas amazónicas como nuevo profeta. En la línea de Helder Cámara denuncia, a pesar de las amenazas de muerte, las injusticias del latifundio y de la marginalización social.

«D» ESPUES del último Sinodo, ya es tiempo de poner fin a este tipo de demagogia farisaica, tan explotada por el desgastado Helder Cámara». Esta frase resume perfectamente el editorial a tres columnas titulado «La mala fe de ese obispo», aparecido el 13 de noviembre pasado en «O Estado de S. Paulo». El «Jornal da tarde», de la misma empresa, publicaba el día 15 otro editorial a dos columnas titulado «La injusticia del documento sobre el Amazonas». Desde luego que los dos editoriales están llenos de ditirambos y conceptos despreciativos contra el documento, su autor y la Conferencia Nacional de Obispos brasileños que ha patrocinado esta publicación.

Ya desde el día 10, los diarios todos se hacían cargo de este documento y lo comentaban ampliamente. El «Jornal do Brasil» hace un extenso resumen a cuatro columnas y luego le dedica un editorial, además de recoger todas las noticias en torno: preocupación del Ministerio del Interior, declaraciones de los responsables señalados por el documento, etcétera... La nunciatura y las agencias de noticias internacionales se cuidaron de conseguirlo para darlo a conocer.

La bomba que provocó este revuelo es nada más y nada menos que la primera carta pastoral que el obispo de Sao Félix de Mato Grosso, el claretiano Pedro Casaldáliga, publicaba el día de su consagración episcopal, el 23 de octubre último. El título de la pastoral y su denuncia: «Una Iglesia del Amazonas en conflicto con el latifundio y la marginalización social».

Dom Pedro Casaldáliga, dice «Jornal do Brasil», no se limita a emitir conceptos sobre materia de orden social, como es el caso de su opinión sobre la reforma agraria que, según él, no se puede aplazar. El documento episcopal descende a hechos y episodios recientes, cita nombre y ejemplos, ilustra las tesis que defiende con una serie de denuncias candentes. No hay duda de que este documento del obispo de Sao Félix, respaldado por la

CNBB, no puede caer en el vacío.

Y los once obispos del Norte reunidos en Belem, junto con el secretario general de la CNBB, tomaron la resolución de enviar el siguiente telegrama al obispo de Sao Félix: «Los obispos del Amazonas, reunidos en Belem, Pará, en cumplimiento de la misión que les fue confiada, tomaron conocimiento de su vigoroso libro «Una Iglesia del Amazonas en conflicto con el latifundio y

la marginalización social». Quieren cumplir ahora con su deber de conciencia de testimoniarle a su excelencia reverendísima el loor y la solidaridad ante trabajo tan expresivo y que tan bien revela el total compromiso de su excelencia reverendísima a los principios salvadores de la Iglesia de Cristo, sabiamente adaptados al mundo de hoy por el providencial Concilio Ecuménico Vaticano II».

El «sertanejo»

La prelatura de Sao Félix se encuentra en el corazón del Brasil y tiene 150.000 kilómetros cuadrados. La población, de cincuenta a sesenta mil habitantes. La mayor parte del elemento humano es «sertanejo»: campesinos nortinos, venidos directamente de Maranhao, de Pará, de Ceará, de Piauí..., o pasando por Goiás. Roturadores de la región, «posseiros». Pueblo simple y duro, obli-

LA INJUSTICIA DEL LATIFUNDIO

JOSE MARIA CAMARERO

gado por el destino a una forzada y desorientada emigración, con la red de dormir a cuestras, los muchos hijos, algún caballo flaco y los cuatro trastos de cocina cargados en un saco.

Acostumbrados a la aspereza de la vida agreste, despreciados por la esfera de los altos poderes, burlados en su buena fe de gentes simples, ellos ven sus días a semejanza de nubes negras, siempre anunciando un mal tiempo. El «sertanejo» es víctima de la ganancia ajena, de la inconsciencia de los patronos, de la explotación de los políticos que aparecen por la región de elección en elección para pedir el voto; y más que todo eso, de su propia ignorancia.

Es el hombre que comete muchas veces el crimen, porque para defender su derecho sólo les queda la violencia. Ese infeliz, sobreviviente de plagas y enfermedades, vive en la penumbra de un futuro incierto.

Indiferentes a todo, van ganando el pan de cada día, pues para ellos sólo existen dos derechos: el de nacer y el de morir. El producto de sus esfuerzos, sumado al de sus sacrificios, va apareciendo lentamente en los grandes almacenes de los pueblos, o en una cabeza más de ganado de las haciendas circunvecinas. Una enfermedad, una boda, un viaje, pueden acabar con toda una vida de dolorosas economías. El «sertanejo» nunca ha conocido la ley de la protesta, de las huelgas, del derecho o del uso de la razón. Todo su capital histórico está dentro de las cuatro paredes de un rancho mísero y en la prole que brota descontroladamente. Sus profundas penas las ahoga entre uno y otro vaso de cachaca, o las quema en un cigarro de paja cuyas volutas se encargan de llevar bien lejos la infelicidad que él tiene tan cerca.

Los «xavante», «carajá» y «tapirapé»

Los indígenas constituyen una pequeña parte de los moradores. Los «xavante»: cazadores, fuertes, bravos. Aún hace pocos años que sembraban el terror en estos parajes. Recelosos, bastante nobles. Los «carajá»: pescadores, comunicativos, amigables, alegres, artesanos del barro, de las plumas de los pájaros y la paja de las palmeras; particularmente afectados por los contactos prematuros y deshonestos de la llamada civilización a través del turismo, de

los organismos oficiales y el comercio, como la bebida, el humo, la prostitución y las enfermedades importadas. Los «tapirapé»: labradores, mansos y sensibles; muy comunicativos y de una delicada hospitalidad.

El resto de la población está formada por hacendados, gerentes y personal administrativo de las haciendas latifundarias. Casi siempre sureños distantes, extranjeros de espíritu, un poco superhombres, «desbravadores» de la tierra, del hombre y de la política. Por comerciantes y «marreteiros», motoristas, «boiadeiros», pilotos, policías, vagabundos, forajidos y prostitutas. Y principalmente por peones: los braceros contratados por las haciendas agropecuarias y traídos de todos los rincones del país.

Cuando el latifundio es un absurdo

Todo el territorio de la prelatuza está situado dentro del área del Amazonas legal, a cargo de la «Superintendencia do desenvolvimento da Amazonia» (SUDAM). Todas las tierras han sido compradas al Gobierno del Mato Grosso por personas interesadas, no a los moradores, a precios irrisorios. Después han sido vendidas a grandes comerciantes de tierras que posteriormente las venden a otros. Abelardo Vilela y Ariosto da Riva, dos de estos comerciantes, tenidos por pioneros y roturadores del Amazonas, según afirmaciones suyas, ya han vendido más de un millón de alquerías.

Las áreas de algunos de estos latifundios, dentro del territorio de la prelatuza, llegan a ser absurdas. Destacándose, entre todas, la Agropecuaria Suiá-Missu, S. A., con 695.843 hectáreas y 8.351 metros cuadrados, que corresponde, aproximadamente, a 300.000 alquerías y es propiedad de una única familia paulista: la familia Ometto. Estos latifundios han surgido gracias a los incentivos dados por el Gobierno a través del SUDAM. Es la aprobación oficial y financiada del grande latifundio con todas las consecuencias que de ella se derivan. En la región han sido invertidas sumas fabulosas por las personas jurídicas legalmente establecidas en Brasil, sustraídas al impuesto de renta debido. Esto significa un estímulo al capital particular, inclusive extranjero, con dinero del pueblo, pues deja de ser investi-

do a beneficio del pueblo, para mayor enriquecimiento del particular que invierte. Todas las tierras de este inmenso Nordeste ya están vendidas. Aun las que pertenecen al Parque Nacional de Xingu. Por lo que la esperanza del pueblo por un pedazo de tierra es casi nula.

El depojo de los pobres

A los primeros habitantes de la región se les llama «posseiros». Algunos llevan ya hasta cuarenta años cultivando la tierra por los métodos más rudimentarios y primitivos, plantando arroz, «milho», mandioca. Trabajo que sólo da para subsistir. Criando ganado. Sin la menor asistencia sanitaria e higiénica, sin amparo legal, sin medios técnicos a disposición. La nueva situación creada por el SUDAM, al vender las tierras todas, prácticamente con sus habitantes incluidos, o sin contar con ellos, ha creado una serie de dificultades a estos abnegados y sufridos campesinos-roturadores. La Pastoral muestra unas cuantas situaciones concretas como ejemplo de las grandes injusticias practicadas contra ellos.

Los indios también resultan molestos a los grandes hacendados. Y si no se marchan se les busca una «buena» solución: la deportación. Los indios «xavante» de Suiá, en número de 263, fueron transportados a la misión de San Marcos en un avión de la FAB. A los pocos días de llegar a la misión murieron buen número de ellos víctimas de sarampión. Sin embargo, «los propietarios de Suiá, familia Ometto, quieren a los indios», decía el «Journal da Tarde» 21-7-71. Después de la deportación dieron a la misión un tractor y 500 cruzeiros mensuales durante un año para auxilio y manutención de los mismos.

La trata de hombres

Los peones son contratados fuera y transportados en avión, barco o camión hacia el lugar de trabajo. Al llegar, la mayoría recibe la noticia de que deberán pagar los gastos del viaje, transporte incluido. Y desde el principio tienen que comprar los alimentos y herramientas en los almacenes de la hacienda, a precios muy elevados.

Para los peones no hay morada. Nada más llegar son llevados a la zona de trabajo donde tienen que construir, por su cuenta, un ba-

rracón para guarecerse y tienen que preocuparse de su propio alimento. Las condiciones de trabajo son precarísimas. En Codera, por ejemplo, muchos tenían que trabajar con el agua hasta la cintura. La abundancia de malaria es espantosa, sobre todo, en algunas compañías, de donde pocos salen sin haberla contraído. Y de donde son expulsados muchos de ellos una vez adquirida, para que mueran fuera.

Después de soportar este tipo de tratamiento, el peón pierde su personalidad. Vive sin sentir que está en condición inhumana. El peón ha llegado a cobrar fama entre la gente de los pueblos como de una persona despreciable, sin derecho y sin responsabilidad. Los hacendados lo consideran como de raza inferior, con el único deber de servirles a ellos. No hacen nada por la promoción humana de esta gente. Y con frecuencia se sirven de ellos para hacer desaparecer a los que les molestan. El peón no tiene derecho a nada, ni a tierra, ni a cultura, ni a existencia, ni a familia. Es increíble la resignación, la apatía y la paciencia de estos hombres, que sólo se explica por el fatalismo sedimentado a través de generaciones de brasileños sin patria.

Matones vestidos de policía

Causa principal y, también y sobre todo, cobertura de la injusticia reinante en la región es la Policía local, decididamente mala. No digamos el interés, por el dominio absoluto, de los hacendados, del comercio, de los políticos, de la misma Policía, manifestados en el coronelismo, el poder hereditario, la oligarquía local...

Los moradores de la región, en condiciones de pura supervivencia, sometidos a pruebas de clima tropical y desatendidos por parte de las autoridades y de los organismos responsables, viven una falta habitual de asistencia básica. La Pastoral hace un recuento con datos bien precisos de la situación lamentable en que se encuentra esa gente en materia de enseñanza, salud, habitación, alimentación, comunicaciones, etcétera. Se destaca la mala distribución administrativa, el abuso de la Policía local formada por matones al servicio de los poderosos del comercio y de las haciendas, la mala administración agraria, la ausencia de las autoridades estatales o federales que

LA INJUSTICIA DEL LATIFUNDO

sólo acuden a las fiestas e inauguraciones de las grandes haciendas.

Se habla de la pasividad del pueblo, de su fatalismo. El sabe, por una larga y dolorosa experiencia, que no tiene voz para hacerse oír. Excepcionalmente —después de años de esclavitud—, un peón arriesgado podrá provocar la intervención de la Policía federal.

Los misioneros, por un triste clericalismo, siempre más o menos paternalista, a falta de otras salidas más legítimas, resuelven ahora, o tratan de resolver, muchos casos de injusticia flagrante, prestando voz y letra a los que no la tienen. Sabiendo siempre que una decisión legal significará meses, años de espera exasperante, de conflictos, de despojos incalificables y, tal vez, de sangre. Como viene aconteciendo en el régimen de esclavitud de las haciendas, en la desvergonzada actuación de la Policía local y en los varios encuentros de hacendados y «posseiros».

¡Subversivos, comunistas... y extranjeros!

Luego, la Pastoral da una referencia de todo el personal que trabaja en la prelatura (siete sacerdotes contando el obispo —cinco españoles claretianos y dos franceses seculares—, ocho religiosas brasileñas y cinco universitarios brasileños) y cuenta los trabajos realizados de promoción y evangelización en favor de

todos los habitantes de la prelatura. Por esa labor existe un conflicto declarado con los latifundistas y otros poderosos, y «también con algún sector eclesial que no comparte nuestra actitud y debe favores a los grandes».

«La última acusación "definitiva" —bien poco original— que ganamos por parte de los grupos latifundistas y de los núcleos políticos y de control económico de la región, hacía de todos nosotros "subversivos" y "comunistas". Y "extranjeros".

«Los dos primeros calificativos de la acusación no merecen una respuesta seria, por excesivamente gratuitos y gastados.

«Somos ciertamente extranjeros al obispo y los padres. Sin embargo, tal vez, bastante más dedicados al bien del Brasil que nuestros acusadores. Y más desinteresadamente. Amén de que no hay hombre extranjero en la tierra de los hombres, y la Iglesia en el mundo es en todo lugar nuestra patria. Después de varios meses de rumores y calumnias, de amenazas de prisión, de "desidia" de la Policía federal y del Ejército, después de varias tentativas de convencernos o intimidarnos por medio de mensajeros personales, en la primera semana del mes de septiembre último, el señor Ariosto da Riva —padre y mentor de latifundistas—, acompañado de un sacerdote religioso, se presentó al señor nuncio, en Río, para intentar impedir mi consagración».

El grito de esta iglesia

A los «católicos» latifundistas que esclavizan al pueblo de nuestra región —ellos mismos alienados, muchas veces, por la connivencia interesada o cómoda de ciertos elementos eclesiales— pediríamos, si nos quieren oír, un simple pronunciamiento entre su fe y su egoísmo. «No se puede servir a dos señores». De nada les servirá «dar cursillos» en Sao Paulo, o patrocinar la «Navidad del pobre» o entregar limosnas para las «misiones», si cierran los ojos y su corazón a los peones esclavizados o muertos en sus haciendas y a las familias de los «posseiros» que sus latifundios arrojan a un éxodo eterno o cercan sádicamente fuera de la tierra necesaria para vivir. Lean el Evangelio, lean la primera carta de San Juan y la de Santiago. Es fácil, con mucho dinero, encubrir en páginas enteras de diarios la verdad de los hechos, la realidad. Dios lo ve. Y el pueblo sabe cada día más lo que sufre, y no olvida.

Lo que estamos viviendo nos lleva a la evidencia de la iniquidad del latifundio capitalista, como preestructura social radicalmente injusta; y nos confirmamos en la clara opción de repudiarlo. La injusticia tiene un nombre en estas tierras: el latifundio.

Un obispo sin perifoneos

Hasta aquí hemos resumido los puntos más importantes de la

Pastoral del obispo de Sao Félix. Pero, ¿quién es y cómo es este obispo? Pedro Casaldáliga es español, catalán. Nacido en Balsareny. Con cuarenta y dos años de edad y diecinueve de sacerdocio. Y está en Brasil, trabajando en Mato Grosso desde enero de 1968. Escritor y poeta, es «una de las más limpias voces de la poesía religiosa».

Y como nuestras palabras, tal vez, no sean capaces de dar la talla exacta de este hombre «al que nada ni nadie ha frenado en él la esperanza, ni ha ahogado la llama, ni ha roto la llamada que le sostiene y le empuja hacia donde Dios le lleva por caminos duros siempre, ahora por caminos de sertao, de río y de selva», queremos presentarle por medio de algunos párrafos de cartas escritas a sus amigos.

«Sé que llego al episcopado bastante desnudo, sin "ilusiones", con "un corazón contrito y humillado". Recibí a través de Dom Tomás la noticia, de parte del nuncio. Hablé con los compañeros, en Sao Félix y en Goiana. Yo, por principio, iba a renunciar. Más aún después de hablar con ellos. Zé Maria, Leo, Pedro Mary preferían que fuese Faliero o quizá otro, siempre que se les consultase. Escribí una carta de renuncia decidida. Y la carta estaba esperando el primer correo cuando se presentó Dom Tomás, con su avioneta, inesperado. Hablamos. El me pidió, con la mayor insistencia del mundo, que no renun-

Consagración de Dom Pedro Casaldáliga en la plaza de la «catedral» de Sao Félix. Las insignias episcopales se reducen a puros símbolos: un sombrero de paja, en vez de mitra, y una porra de caza usada por los indios, a guisa de báculo.





La palabra «sertanejo» —que da nombre al bar-restaurant de la derecha— connota al tipo de campesino norteño, roturador de la región, tipo simple y duro, en perpetua emigración y sometido a todo género de explotaciones.

ciase: que yo, nosotros aquí, estábamos creando una nueva imagen de la Iglesia, que la Iglesia necesitaba obispos así; que este pueblo del sertao me necesitaba como obispo... Fueron días de perplejidad, de oración, de interrogantes.

Como consecuencia de la conversación con Dom Tomás, hablé de nuevo con Zé María y Pedro Mary, y decidimos escribir al nuncio para decirle sencillamente que el día 7, con motivo de la ordenación de Manuel, tendría yo la oportunidad de consultar con personas de mi confianza. Y la consulta fue bien "colegial" o "corresponsable": se reunieron los padres —Leo y Manuel también estaban, claro, y los dos padres de Santa Terezinha también—; las hermanas y las hermanitas... y me "discutieron" y, dice, me "aceptaron"; me llamaron a la reunión para dar mi beneplácito; expuse llanamente lo que siento, lo que soy, lo que podría hacer. Una fotografía juerguística y carta al nuncio diciendo que sí. Dom Tomás, admirado de todo aquello y diciendo que tengo gente adulta en la prelatura...

«Ahora ya no dudo ni tengo miedo ni asombro. Me parece la cosa más simple del mundo. Desde luego, quiero que sea simple y, si no fallo en la fidelidad al Evangelio, procuraré ser siempre un obispo servidor y pobre. Queremos dar al acto de la consagración un significado profético-social. La región —estos patrimonios, el latifundio...— lo necesita. Voy a hacer un documento —"relatorio" denuncia—, como recordatorio. Voy a prescindir de todo perifollo. Pedita para que la verdad interior responda al gesto externo. No necesito nada, ni anillo ni demás».

La numerosa comunidad de cristianos que, desde Madrid y otros puntos de España le ayudan, le enviaron, sin embargo, anillo y pectoral. El anillo lo devol-

vió a España para que lo guardara su madre y el pectoral se lo envió a uno de los amigos que más le ha ayudado económicamente.

Significativo fue el gesto de los obispos consagrantes. Ellos, lógicamente, llevaron a la ceremonia sus atuendos episcopales. Entraron en la capilla con sus tiaras puestas, solemnes, símbolo de autoridad. Al llegar al altar vieron la tierra del nuevo obispo —un sombrero de paja «sertanejo»—, se miraron, se quitaron las suyas y se las entregaron a una señora de la asamblea, que las guardó bajo el brazo durante toda la ceremonia.

El obispo de Sao Félix sigue viviendo entre sus «sertanejos», como hasta ahora, sin «perifollos» de ninguna clase.

La muerte está ahí... y la esperanza crece

«Os escribo desde Serra Nova, el "patrimonio" o lugarejo de "posseiros" que es nuestro Calvario y nuestro Tabor... Empezamos aquí la segunda campaña misionera el día 9 de este mes de septiembre y aquí estaremos hasta el día 15 de noviembre. Diomar —la hermanita de Jesús "movilizada"—, Moura —el muchacho profesor— y yo. La campaña sigue tensa, caliente. El mes de agosto ha sido un poco duro para nosotros. Estamos en una "meseta" forestal. La selva desmochada para dar lugar a las moradas-barracón de un pueblo que nace. En frente, al otro lado de una hondonada, un riachuelo limpiísimo

«Ahora sé lo que es una guerra de nervios... El otro sábado y el domingo un empleado de la "Bordón" quería matar al profesor Moura. Revólver en mano, y aquel acoso, la noche y el día. Fue preciso contornear la situación y calmar al pueblo. Uno de los hom-

bres de aquí me preguntaba al pie del improvisado altar: "Qué, padre, ¿es hora de agujerear?...".

«Siguen las amenazas, y los dimes y diretes. ¡¡¡Oh, el latifundio!!! Rogad. Vale la pena, después de todo, esta lucha: es un servicio al Evangelio, a los pobres de esta tierra, a los hijos de Dios... Uno tiene cierto miedo, que el miedo es libre. Y los buenos de estos "sertanejos" le creen a uno "fino e pintado", que parece "que nao esta doente de coração"... Pero nada es trágico y reímos mucho a ratos, y la esperanza crece.

«Yo he sido amenazado muchas veces de cárcel, y de muerte también; se esparce un constante rumor de represalias, de intervenciones, para crear en el pueblo un clima de terror: la última es que antes del 10 "baja" la Policía federal para prenderme... Entretanto —hay providencia— hemos tenido oportunidades óptimas de entrar en contacto con bastantes peones de la "Fazenda": ellos se abren, uno los aconseja, los defiende, los alienta, los cura. Esta semana dos policías —que venían para mantener el orden durante esas fiestas, porque los peones de la "Fazenda", y los capataces y valentones, vienen siempre armados y todo fin de semana hay riñas callejeras (verdadero "Far-West" real), dieron un escándalo de brutalidad. Uno de ellos apaleó a un peón que ya había entregado el arma y no estaba implicado con nadie; yo, el profesor y el pueblo reaccionamos: los policías tuvieron que irse. (Nos dejaron dos prostitutas de las cuatro que habían traído consigo...) Fui al labrantío abierto en la selva, recogimos al peón, le lavé la ropa y le atendimos. Aquella misma noche vinieron más de treinta compañeros, armados, dispuestos a cargarse a la Policía. Hablamos. Se está creando un clima bueno. En definitiva, peones y "possei-

ros" —les digo a unos y a otros— sufren la opresión de los mismos "tiranos" —el latifundio los está oprimiendo a ambos—».

El nudismo no es problema

«Ayer tarde iba yo a tomar un baño. Interesante: nos bañamos juntos hombres, muchachos y crios, todos desnudos —el obispo también, claro— pasaban unos peones y con ellos "Benedito Boca-quente" (la "boca caliente" es su revólver, porque tiene fama de pistolero fácil). Todos me saludaron con mucho cariño y Benedito, que es capataz también... Es una pena, un jolgorio, un misterio, una gracia: todo a la vez.

«Mi mayor angustia es: ¿conseguirá este pueblo —que confía en mí— esta tierra que es su futuro, la vida de sus hijos? ¿Mi esperanza los defraudará? Estamos procurando darles conciencia y coraje... Lo oficial está lejos y vendido... Los tiburones (los latifundistas) tienen mucho dinero y "pueden". Siento ahora lo que es una estructura de pecado; siento el latifundio como una carne real, como una enfermedad, como un peso sobre el alma. Moura y yo soñamos con frecuencia: al pobre muchacho, maravilloso, ha tenido verdaderas pesadillas. Diomar, la hermanita ahora misionera, está agotada con frecuencia. De vez en cuando uno hace un esfuerzo por respirar a fondo. No estoy amargado, ni triste, ni solo. Es otra cosa. De todos modos le doy gracias al Señor por la gracia de estar aquí... ¿qué más podría desear de la vida?».

No sé si habremos hecho bien en hacer hablar a este hombre. No sé si habrá sido infidencia el aprovecharnos de esos párrafos de cartas escritas en la intimidad de la amistad que se vive. Son cartas abiertas a sus amigos cristianos. Tal vez, por cristianos, también nosotros podamos considerarnos sus amigos. Pero no podemos dejarlo allá escondido en el silencio opaco de la selva. Su vida es un grito de hombre, voz de un pueblo que espera y ha encontrado en su obispo un «sertanejo» más. No podemos quedarnos impasibles cuando un pueblo, por mísero que sea, comienza a darse cuenta que también tiene derechos y los exige a gritos. Y ahí está nuestro obispo «sertanejo», al servicio de sus hermanos, ayudándoles a gritar. ■ J. M. C.